

ESTO NO ES UNA REFORMULACIÓN: ES UNA RENDICIÓN INCONDICIONAL

LA RENDICIÓN INMACULADA

Reformular la universidad: instrucciones para su disolución y diagnóstico de su obsolescencia

Ramon Sensano *Estudioso independiente. Filósofo*

Lo que sigue no es una réplica técnica a un artículo de gestión educativa. Es, más bien, la disección de una patología cultural. Invoco aquí la mirada intempestiva de Günther Anders no como argumento de autoridad, sino como reactivo necesario: solo bajo la luz de la «vergüenza prometeica» el reciente texto de Enric I. Canela pierde su apariencia de propuesta administrativa y revela su verdadera naturaleza clínica. Porque no estamos ante una propuesta de reformulación de la universidad, sino ante la confesión de una institución que se denuncia a sí misma, avergonzada de no estar a la altura, frente a la perfección aséptica del aparato. Lo decisivo, entonces, es la rendición: qué queda de lo humano cuando una de las instancias socialmente autorizadas a sostener esa pregunta capitula ante la máquina.

El síntoma en la bandeja de entrada

El texto llega bajo la forma canónica de nuestro tiempo: no como un acontecimiento, sino como reenvío. Un correo de Miquel (M.), amigo y filósofo, con un enlace y una sola pregunta, formulada más desde la fatiga que desde la curiosidad: «¿Qué diría Günther Anders ante esto?».

En ese gesto mínimo de M. late una experiencia generacional compartida: la de ver desfilar programas de reforma universitaria que se superponen como hojas nuevas sobre un tronco viejo. El enlace conduce a un artículo publicado el 11 de enero de 2026 en *El Punt Avui*: «Reformular la universitat», firmado por Enric I. Canela, catedrático emérito de la Universidad de Barcelona (en adelante, C.). He leído el texto. He decidido escribir sobre él no por su excepcionalidad, sino por su abrumadora normalidad. Lo hago porque en él no grita ningún extremismo, sino la voz mesurada del sentido común de nuestra época. Eso es lo verdaderamente alarmante.

El léxico de la absolución

C., en posición de autoridad académica, resume con exactitud el consenso reformista actual. Su diagnóstico es impecable bajo la lógica dominante: la universidad debe redefinir su misión ante una Inteligencia Artificial que ya es «estructural»; debe transmutar datos en «conocimiento útil»; debe «capacitarse» tecnológicamente para combatir la desinformación

y, ante todo, consagrar hasta el 40% de sus recursos a la «formación a lo largo de la vida». Se pide inversión en pedagogía digital, simplificación normativa y medición del «impacto social y económico».

Todo resuena bajo una sensatez inatacable. El texto se auto-absuelve mediante la liturgia de la gestión: «impacto», «capacitación», «utilidad», «soluciones». Se postula, implícitamente, que la crisis de la universidad es un fallo técnico y que la solución reside, invariablemente, en una optimización de la gerencia.

Pero cuando una institución fundada para juzgar el mundo adopta miméticamente el léxico del administrador, algo esencial ya se ha perdido: la verdad deja de ser un fin para convertirse en procedimiento, y el pensamiento deja de ser una interrupción para convertirse en un flujo de datos.

Anders y la vergüenza de no ser una máquina

Aquí es donde la pregunta de M., «¿Qué diría Anders?», deja de ser una anécdota. No invoco a Günther Anders para adornar este debate con una cita de autoridad, ni para preguntar qué solución mágica ofrecería. Lo invoco para activar una sospecha: a la luz del Anders de *Die Antiquiertheit des Menschen*, el texto revela su verdadera naturaleza: una confesión de vergüenza estructural. Pero despejemos cualquier equívoco nostálgico: no recurrimos a esta perspectiva bajo la ilusión de que la academia anterior fuera un paraíso del espíritu. Sabemos bien que siempre respondió a propósitos nada ideales, atravesada por lógicas de poder y privilegio. No se trata, pues, de reivindicar una edad de oro que nunca existió, sino de salvar, en medio de esas deformaciones, una condición sin la cual pensar se vuelve imposible: la *Scholé*.

Los griegos comprendieron que el pensamiento solo es posible en la suspensión de la necesidad, en el tiempo de la demora improductiva. Aristóteles lo formula con una frialdad que hoy incomoda: el ocio (*scholé*) no es descanso para rendir mejor, sino un fin educativo en sí mismo, el ámbito donde la vida deja de ser mero medio. La universidad fue, al menos en su pretensión teórica, el recinto instituido para esa lentitud: uno de los pocos lugares socialmente autorizados para no estar sincronizados con la urgencia del mundo. Lo que el texto de C. revela es que la universidad actual se avergüenza, precisamente, de esa demora; se siente humillada frente a la velocidad impecable del procesamiento de datos, como si el tiempo de comprender fuera una tara y no la condición misma del juicio.

Al abrazar la «agilidad» y la «adaptación», la institución no se moderniza; comete un suicidio ontológico. Renuncia al tiempo de comprender, para integrarse en el aparato como un nodo de procesamiento más. La cuestión, pues, no es si estas propuestas son realizables, sino algo más obscuro: ¿qué queda del pensamiento cuando una institución socialmente autorizada a sostener la pregunta por lo humano decide, finalmente, capitular ante la máquina? Y, sobre todo, ¿qué queda de la universidad cuando la «adaptación» se vuelve virtud suprema?

Notas a la reformulación propuesta

Günther Anders no habría empezado su lectura por la pedagogía ni por la burocracia educativa, sino por una sentencia que hoy suena excesiva y que, precisamente por eso, define nuestro tiempo: «*Die Bombe hängt nicht nur über den Dächern der Universitäten*», advirtió. No se refería solo a la bomba atómica, sino a la condición técnica que abolió la ilusión de que existen tejados académicos que funcionan como retaguardia. La técnica liquidó hace tiempo la distinción entre frente y hogar, entre campo de batalla y vida civil. «*Hiroshima ist überall*» significa: la técnica no es un objeto que gestionamos, es el medio en el que nos movemos sin inmunidad posible. Quien escribe sobre reforma universitaria como si todavía hubiera un «afuera» seguro, un lugar desde el cual gestionar serenamente el peligro, ya está colaborando con la ficción principal del aparato: que el conocimiento, por el mero hecho de serlo, nos protege.

Desde esta intemperie, leamos la propuesta: no para discutir medidas, sino para ver qué antropología y qué moral quedan presupuestas cuando se habla de «reforma» en el idioma del aparato.

I. El «laberinto» y la cinta transportadora. C. abre con una imagen contemporánea y tranquilizadora: vivimos en un «laberinto», desbordados por la velocidad de la información y la IA. La universidad debe, pues, orientarnos. Anders opondría una corrección desoladora: no estamos en un laberinto, sino una cinta transportadora. El laberinto aún concede la posibilidad de la decisión y la orientación; la cinta, en cambio, solo admite acompañarse o caer. La primera victoria del aparato es obligarnos a describir como «complejidad» lo que es una violenta imposición de ritmo.

II. «Gestión del conocimiento» como metafísica de oficina. C. formula su axioma sin dramatismo: la universidad debe ser una «gestora del conocimiento» que transforme información en impacto útil. Aquí se produce la ruptura ontológica. En el instante en que la universidad se acepta gestora, abdica de su función de conciencia crítica para operar como oficina. «Gestión» no es un término neutral: implica que el mundo ya no se ordena en torno a verdades o justicias, sino por lo administrable. La universidad deja de ser el lugar de la incomodidad pública (la interrupción) para convertirse en un dispositivo de conversión: datos → conocimiento → in-pacto. El saber deja de ser el freno de emergencia para convertirse en lubricante del sistema.

III. La veracidad como jaula. Se nos dice que la universidad debe garantizar conocimiento «crítico y veraz». La intención es irreprochable, y ahí reside el problema: el sistema se alimenta de intenciones irreprochables como de combustible limpio. No niego la necesidad de veracidad. Digo algo más humillante: que ya no basta. El mal contemporáneo no es solo la mentira, sino la reducción de la verdad a un contenido más, un objeto que compite en un mercado de la atención cuya regla es simple: gana lo que excita, no lo que ilumina. En ese mercado, la universidad es estructuralmente débil: el pensamiento crítico exige demora, y la demora es penalizada como fallo del sistema.

IV. Expertos, mediáticos y ceguera estructural. C. se pregunta con angustia por qué la voz del experto llega menos que la del personaje mediático. La pregunta es estratégicamente limitada porque presupone que el eclipse del experto es accidental, cuando es una condición

estructural. Hay algo peor: en la modernidad técnica, la ceguera del experto no es un defecto cognitivo, sino un requisito funcional. El aparato exige especialistas excelentes que sean, estructuralmente, incapaces de mirar a los lados. No es ignorancia, es concentración operativa: para que el engranaje gire a máxima velocidad, quien lo mantiene no puede permitirse la distracción de preguntarse por la finalidad última de la máquina. Aquí radica la diferencia: el filósofo no ve más claro por ser más inteligente, sino por ser, en términos del aparato, más inútil. Su «visión de conjunto» no es una virtud intelectual, es una consecuencia de su posición topológica: solo quien ha quedado fuera de la sala de máquinas, o quien se niega a entrar en ella, conserva la perspectiva suficiente para ver hacia dónde se precipita el tren. La alternativa «experto versus mediático» es, por tanto, un falso dilema: ambos están dentro, ambos son funcionales. Lo que la universidad necesita no es más expertos, sino más "inútiles" que se atrevan a mirar el todo.

V. La trinidad impotente: «Supervisión humana + Tecnología + Cultura». C. escribe la frase más reveladora: «Només una combinació de supervisió humana, tecnologies avançades i cultura crítica pot minimitzar els efectes de la manipulació». El contenido de la fórmula es conmovedor: presupone que el humano dispone de un punto exterior desde el cual vigilar la máquina. Pero eso es precisamente lo que desaparece cuando la IA ya es «estructural». La técnica no es un objeto en el mundo; es el mundo como condición. «Supervisar» suele significar firmar al final un proceso ya decidido. Es un ritual de legitimación: insertar un humano en el bucle para validar como decisión lo que es puro cálculo. Anders es implacable: nuestro problema no es de conocimiento, es de imaginación. Nuestra capacidad de hacer (técnica) ha superado infinitamente nuestra capacidad de imaginar las consecuencias (moral). La «cultura crítica» que se propone es el adorno moral de una maquinaria que nos desborda.

VI. La disolución del sujeto: el hombre modular. Las llamadas a la «gestión del cambio» y la obsesiva insistencia en la «formación a lo largo de la vida» (que absorbería hasta el 40% de los recursos docentes) no son medidas pedagógicas, sino declaraciones ontológicas. Revelan el nuevo ideal antropológico de la institución: el hombre modular. Bajo el eufemismo de la «adaptabilidad», la universidad deja de formar (dar una forma, un carácter, una *hexis*) para dedicarse a reformatear. Se asume que el ser humano es el componente más lento y defectuoso del sistema, una pieza de hardware biológico que tiende vergonzosamente a la obsolescencia. Educar para el «cambio permanente» es educar en la carencia de núcleo: se busca un sujeto líquido, sin convicciones rígidas que rocen con el engranaje, dispuesto a actualizar su software mental cada vez que el mercado dicte una nueva versión. Lo que se presenta como una oportunidad («nunca dejarás de aprender») es, bajo la luz de Anders, una condena al mantenimiento perpetuo: la angustia de quien sabe que, si deja de actualizarse un solo instante, será declarado chatarra.

VII. Interdisciplinariedad y emprendimiento: la máscara se hace rostro. Al pedir «soluciones creativas» y «emprendimiento», el humanismo se convierte en marketing. La interdisciplinariedad es valiosa si recompone la totalidad rota por la especialización. Pero si su *telos* es «innovar», no es más que un consorcio de saberes coaligados para obedecer mejor. Se pide crítica, sí, pero crítica bajo condición de utilidad. Es decir: crítica domesticada.

VIII. Impacto social: la métrica como *substantia divina*. Finalmente, C. reclama medir el impacto. Lo inquietante no es la medición, sino la sustitución del juicio por la métrica.

Cuando no sabemos qué es bueno, cuantificamos. Cuando hemos perdido la sustancia del fin, adoramos los indicadores. El riesgo último es que la universidad, ansiosa por demostrar su «utilidad», aprenda a producir únicamente aquello que es visible para el evaluador. Lo decisivo, la verdad incómoda, el pensamiento lento o la negación moral, suele ser, por definición, invisible o penalizable en una hoja de cálculo.

La rendición inmaculada

El artículo de C. constituye un documento de impecable buena voluntad y, precisamente por ello, resulta un síntoma clínico perfecto. El peligro real no reside en lo que dice, sino en la higiene discursiva con la que lo enuncia. La liquidación de la universidad se presenta hoy esterilizada bajo un léxico de cuidado pastoral: «cultura crítica», «supervisión humana», «bienestar». Es esta asepsia la que vuelve la propuesta verdaderamente peligrosa: la capitulación llega limpia, sin el trauma de la ruptura.

Lo que Anders opondría aquí es brutalmente simple: antes de «formar para la IA», urge educar en la capacidad de la renuncia; antes de medir el impacto, hay que recuperar la potestad de juzgar el fin. Si esta es la reforma, digámoslo sin eufemismos: la universidad ha dejado de ser un sujeto histórico para convertirse en una función administrativa. Ya no es la conciencia de la época, sino el departamento de recursos humanos del aparato técnico, dotado, eso sí, de una cátedra de ética para tranquilizar a quienes aún necesitan creer que pensar tiene consecuencias.

El texto no busca ciudadanos capaces de la negación, sino perfiles optimizados para la actualización perpetua. En este esquema, la desinformación no se combate, se gestiona; se filtra como se amortiguan los ruidos en una sala de máquinas para que la producción no se detenga. Puede que la institución sobreviva así: eficiente, dócil y con un alto «impacto social». Pero sobrevivir como lubricante del sistema es la forma más humillante de morir como universidad. No habrá una explosión final ni un cierre patronal; solo quedará esta fatalidad silenciosa: el último lugar diseñado para interrogar al mundo convertido, con una sonrisa razonable, en el dispositivo que lo legitima.

Apéndice: Decálogo de sentencias (modo molusso)

Anders no respondería a un programa de reforma con otro programa. Cuando el peligro es estructural, la argumentación discursiva corre el riesgo de convertirse en complicidad: discutir detalles valida el marco; perfeccionar la administración confirma el derecho del sistema a administrar.

Por ello, el método adecuado para cerrar esta lectura no es la refutación, sino la condensación. Lo que sigue son fracturas conceptuales, nunca propuestas de gestión. Un decálogo negativo diseñado no para orientar la reforma, sino para mostrar por qué dicha reforma tranquiliza cuando debería alarmar:

- 1. Cuando la universidad se define como «gestora del conocimiento», confiesa su abdicación: la verdad ya no se defiende, se administra.**
- 2. Llamar «laberinto» al mundo técnico es puro optimismo: sugiere que hay salida. El sistema no desorienta, alinea; no exige orientación, impone sincronización.**
- 3. En un mundo regido por la economía de la atención, la desinformación no se combate: se produce.**
- 4. La «gestión del cambio» es la pedagogía del sometimiento: educar para aceptar lo inevitable con entusiasmo.**
- 5. La formación permanente convierte al ciudadano en software: actualizarse ya no es crecer, es no ser declarado chatarra.**
- 6. La interdisciplinariedad orientada al «emprendimiento» no libera saberes: los coaliga para obedecer mejor.**
- 7. La «supervisión humana» es consuelo del operario: el esclavo se cree amo porque pulsa el botón que ejecuta una orden que no decidió.**
- 8. Al hacer del «emprendimiento» una misión, la universidad subcontrata su conciencia como consultoría moral: no enseña a juzgar el mundo, sino a insertarse en él sin fricción.**
- 9. Formar en IA sin formar previamente en la responsabilidad de la renuncia es producir los operadores perfectos de una catástrofe elegante.**
- 10. Cuando la universidad se enamora de la «solución», la pregunta deja de ser un derecho; la institución, la oficina de patentes del *statu quo*.**

Escolios

- a. «Más tecnología» para frenar la manipulación es el método del pirómano: apagar el fuego con gasolina refinada.
- b. Cuando el in-pacto se mide, el pensamiento aprende a decir únicamente aquello que puntúa.
- c. Pedir que la voz del experto gane audiencia es pedirle a la verdad que compita en un circo diseñado para derrotarla.

Coda imaginaria: Voto particular póstumo

Nota: Lo que sigue no es tanto ficción literaria como ejercicio de coherencia póstuma. Es la aplicación estricta de las categorías de la «vergüenza prometeica» al documento

presente. Si suena excesivo, que conste: esa “exageración” es, aquí, un método de contraste. Si la lógica de Anders tomara hoy la palabra, el veredicto sería el siguiente:

«Ninguna época ha reconocido su propia ceguera mientras la fabricaba. Vuestra ceguera técnica no es un defecto visual: es un producto industrial. Habéis llamado “progreso” a la inercia que os arrastra, y vuestra universidad actual confirma la regla: al sincronizarse con el ritmo del aparato, ha ganado en rendimiento exactamente lo que ha perdido en sentido.

Frente a la euforia de vuestra innovación y la prisa por la adaptación, que conste en acta mi disidencia. Mientras la institución celebra su propia disolución bajo el nombre de “futuro”, yo rechazo validar como avance lo que no es más que una gestión elegante de la impotencia. La tarea que os queda es la más antigua y la que menos queréis escuchar: mantener despierta la imaginación moral. No el pánico paralizante, sino esa lucidez que advierte que os estáis volviendo infinitamente más pequeños que vuestras propias creaciones; esa facultad, hoy atrofiada, de representar las consecuencias de lo que hacéis.

Pero la angustia no basta si no se traduce en acto. Por eso mi exigencia es más dura: os pido la dignidad de la fricción. Sé que vuestra fuerza es menor que la del aparato, que la inercia técnica es, probablemente, imparable. Pero precisamente porque no podéis detener el tren, tenéis el deber moral de no lubricar sus ruedas. Si vuestra academia renuncia a esa fricción para ofrecer confort y empleabilidad, la filosofía deberá emigrar de ella para seguir existiendo. Pensar, en vuestro tiempo, es atreverse a ser el freno de emergencia en un tren que confunde la velocidad con el destino.

En un mundo que ha sustituido la verdad por la puesta en escena, preferid ser tachados de obsoletos antes que ser validados como los cómplices perfectos de un error sistémico».

Miquel: aquí tienes lo que diría Anders. La respuesta ya no está en la bandeja de entrada, sino en lo que decidamos no hacer a partir de ahora.

Relación bibliográfica mínima

Anders, Günther. *Die Antiquiertheit des Menschen*. 2 vols., Bd. I: *Über die Seele im Zeitalter der zweiten industriellen Revolution*; Bd. II: *Über die Zerstörung des Lebens im Zeitalter der dritten industriellen Revolution*. 4., durchgesehene Auflage, C.H. Beck, 2018.

–. “Die Bombe hängt nicht nur über den Dächern von Universitäten.” Interview mit Norbert Weidl und Michael Köhler. *Diskus* (Frankfurt a. M.), no. 6, 1983. Wiederabdruck: *Diskus* (Frankfurt a. M.), no. 6, 1984. Reimpreso en *Günther Anders antwortet: Interviews & Erklärungen*, editado por Elke Schubert, Edition Tiamat, 1987, pp. 79–96.

–. “Die Welt als Phantom und Matrize.” *Die Antiquiertheit des Menschen*. Bd. I: *Über die Seele im Zeitalter der zweiten industriellen Revolution*, 4., durchgesehene Auflage, C.H. Beck, 2018.

–. *Hiroshima ist überall: Tagebuch aus Hiroshima und Nagasaki; der Briefwechsel mit dem Hiroshima-Piloten Claude Eatherly; Rede über die drei Weltkriege*. C.H. Beck, 2017.

–. „Sprache und Endzeit (I–VI).“ *FORVM*, Nr. 423–435, März 1989 – März 1990.

–. “Zehn Thesen zur Erziehung heute” [1947]. *Zwischenwelt. Zeitschrift der Theodor Kramer-Gesellschaft*, vol. 35, no. 1–2, 2018, pp. 42–46.

Aristóteles. *Retórica*. Introducción, traducción y notas de Quintín Racionero, Biblioteca Clásica Gredos, vol. 39, RBA Libros, 2022.

Canela, Enric I. “Reformular la universitat.” *El Punt Avui*, Tribuna/Opinió, 11 gen. 2026. www.elpuntavui.cat/opinio/article/8-articles/2610369-reformular-la-universitat.html

Oberschlick, Gerhard. Nota sobre “Zehn Thesen zur Erziehung heute.” *Zwischenwelt. Zeitschrift der Theodor Kramer-Gesellschaft*, vol. 35, no. 1–2, 2018, pp. 47–48.

Notas explicativas

1. Nota sobre las ediciones citadas: La edición de 2018 de *Die Antiquiertheit des Menschen*, publicada por C.H. Beck, es la edición revisada final y canónica a efectos editoriales. Obra central de Günther Anders y núcleo antropológico de su crítica de la técnica: ahí formula el desnivel prometeico, la vergüenza prometeica y la tesis de la obsolescencia del ser humano ante sus propios productos técnicos.

2. «Die Bombe hängt nicht nur über den Dächern von Universitäten»: Entrevista clave en la que Anders denuncia explícitamente la falsa neutralidad de la academia moderna y la ilusión de inmunidad intelectual ante la catástrofe técnica, formulada en la célebre tesis de que «la bomba no cuelga solo sobre los tejados de las universidades».

3. El ensayo «Die Welt als Phantom und Matrize» es clave para la crítica de Anders a los medios de comunicación como mundo-fantasma y como matriz de la percepción.

4. *Hiroshima ist überall* articula la abolición de la distinción entre frente y retaguardia, y fundamenta la crítica de Anders a la falsa seguridad académica.

5. La serie «Sprache und Endzeit» es central para el análisis del lenguaje técnico, la figura del experto y la administración del sentido en la fase final de la modernidad.

6. “Zehn Thesen zur Erziehung heute” permet entendre la concepció d’Anders de l’educació com a problema moral i no merament pedagògic.

7. La *Retórica* de Aristóteles fundamenta aquí la tensión entre persuasión (*ethos* / *pathos*) y argumentación (*logos*) en el conflicto contemporáneo entre experto y actor mediático. El concepto de *scholé*, aunque central en la *Política*, se invoca aquí solidariamente para reivindicar las condiciones materiales de dicho logos.